

*EL FUTURO EMPEZÓ EN 1987*

**EL DÍA EN QUE**

**GOLIAT**

**VENCIÓ A DAVID**



**A. M. VOZMEDIANO**

## **El día en que Goliat venció a David**

© A. M. Vozmediano 2018

Diseño y maquetación: José Bronson 2018

Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes  
sobre la propiedad intelectual y tratados internacionales.

ISBN: 978-1-98-103123-8

«Estaban en el lugar equivocado  
y en el momento inoportuno.  
Naturalmente, se convirtieron en héroes».  
Leia Organa de Alderaan.  
Alan Dean Foster, *Star Wars*.

## 1987

Aún faltan dos años para la caída del Muro de Berlín. Dentro de cuatro años nacerá la World Wide Web y comenzará la Primera Guerra del Golfo. Nelson Mandela todavía está en la cárcel de Victor Verster y no será proclamado presidente de la República de Sudáfrica hasta que transcurran siete años. Dentro de catorce años se producirá el atentado suicida que destruirá las Torres Gemelas de Nueva York. Faltan quince años para la aparición de la moneda única europea, veinte para el comienzo de la Gran Crisis Económica y veintinueve para la elección de Donald Trump como cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América.

## 1. Bichos raros

Salían del instituto en aquel mediodía de primavera adelantada con la sensación de volver a la vida después de la aburrida jornada escolar. Charlaban unos con otros bajo los rayos deliciosamente tibios del sol, todos menos Luz. Luz era distinta. Caminaba cabizbaja, con los libros contra el pecho y el pelo oscuro tapándole media cara. Siempre se peinaba así. Era la única forma de disimular lo de su ojo.

—¡Eh, Luz!

Fani la había llamado desde algún lugar entre la multitud que abarrotaba los escalones de salida. Luz levantó la vista y una mano tiró de ella. Un instante después estaba en la acera, sin saber muy bien cómo había llegado allí, y Fani la miraba sonriente, todavía agarrada a su brazo. Luz no pudo evitar sonreír también.

—¿Qué haces esta tarde? —le preguntó Fani.

—Estudiar.

—No fastidies.

—No fastidio.

—¿Has vuelto a catear la física? Te dije que no te la cogieras. La filosofía es mucho más fácil.

—El problema son los exámenes del Boni. En el último nos preguntó que si una persona puede sobrevivir a la caída de un rayo sobre su paraguas.

—¿Y acertaste la respuesta?

—Claro que no.

—Prefiero la filosofía.

—Ya. Platón y su caverna. Muy divertido.

Se alejaron del anodino edificio pintarrajeado de grafitis, buscando el sol que se filtraba entre las volutas de contaminación. Habían tenido una conversación parecida montones de veces, acerca de si la filosofía era más fácil que la física o la historia más aburrida que las matemáticas. Para Fani era fácil: ella tenía claro que quería dedicarse al fútbol. Pero Luz no tenía ni idea de qué iba a hacer con su vida al terminar el instituto. Ni siquiera sabía si iba a terminar el instituto.

—Vente a mi casa —dijo de pronto Fani—. Alquilaremos una peli. Creo que ya han sacado en vídeo *Esta casa es una ruina*.

—¿Cuál?

—La última de Tom Hanks.

—No soporto a Tom Hanks.

—Bueno, alquilaremos otra. ¿Qué me dices?

—Hoy es martes. ¿No tienes entrenamiento?

—Qué va, el entrenador está con gripe. Anda, di que sí. Solo será un rato. Luego podemos estudiar juntas.

Luz sabía que, si terminaba cediendo, le costaría una mirada torcida y unos cuantos reproches de su madre. En cuanto a su padre... Hacía mucho tiempo que no esperaba nada de él. Estaba a punto de contestar cuando un muchacho pálido y desmañado, aferrado a una bolsa de pipas y embutido en una sudadera oscura con la capucha medio descosida, las alcanzó sin resuello.

—¡Luz! Menos mal que te encuentro. No te he visto en clase de mates. ¿Es que estabas enferma?

—Estaba sentada detrás de ti, Tom —contestó Luz—. Donde siempre.

—Ah.

Fani miró al chico con desprecio.

—¿A ti no te han enseñado que es de mala educación interrumpir las conversaciones de los demás?

Tom dio un paso atrás y escupió la cáscara de una pipa. Luz pensó que, si hubiese tenido orejas y rabo, hubiera compuesto una estampa perfecta de perrito acobardado. Con la voz un poco trémula, el chico continuó hablando. Por lo visto, lo que tenía que decir era tan importante que ni siquiera la presencia amenazante de Fani lo iba a hacer retroceder.

—Lo he conseguido. ¡Lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Luz, mirando de reojo a su amiga por si decidía lanzarse contra Tom como un toro en embestida.

—*Un espía en Isengard, claro. Aventuras en la Tierra Media.*

Luz abrió mucho los ojos.

—No fastidies. ¿En serio? ¿Ya está en castellano?

—Lo tengo en mi casa. Recién llegado del catálogo de Discoplay. No me he atrevido ni a quitarle el plástico.

Fani los interrumpió con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —preguntó—. ¿Es otro de vuestros rollos frikis?

Los otros dos la miraron un instante como si fuera una extraterrestre y luego se lanzaron a hablar a la vez.

—¡Es el primer número de *Aventuras en la Tierra Media!*

—¡Un libro-juego!

—En Estados Unidos ya van por el sexto.

—Como los de *Elige tu propia aventura*, pero mejor.

—Basado en el universo de Tolkien.

Para Fani fue como si la palabra Tolkien la hubiese golpeado en el estómago.

—¿Otra vez estáis con esa mierda de *El señor de los anillos?*

—Si lo hubieras leído no te burlarías tanto —se defendió Tom, que podía soportar muchas humillaciones, como que alguien se riese en su cara de *Los critters* o incluso de *Conan el bárbaro*, pero no permitía que nadie, ni siquiera Fani, despreciase a Tolkien.

—No pienso leer mil páginas sobre duendes y elfos. A lo mejor cuando hagan una película voy a verla.

—No tiene mil páginas, sino mil cien en la edición de un solo tomo. Y ya han hecho una peli. Ralph Bashki, 1978.

—Una peli de dibujos. Avísame cuando rueden una para adultos.

—No todas las películas de animación son para niños.

—Si esa te gusta a ti significa que es para niños o para imbéciles.

—Imbécil es quien critica algo sin haberlo visto.

—¿Me estás llamando imbécil?

—Has empezado tú.

A esas alturas de la conversación, los dos estaban muy cerca el uno del otro y Luz había pasado de preguntarse si prefería pasar la tarde con Tom Hanks o con Saruman a intentar decidir si era el momento de intervenir como fuerza de pacificación de la ONU o si sería mejor dejar que Fani y Tom se despellejaran de una vez.

Casi se había decantado por lo último cuando Fani bufó en la cara del muchacho y se alejó muy circunspecta y dando zapatazos para unirse a un grupo de chicas que careaba por allí cerca con sus carpetas forradas con las sonrisas de George Michael y Don Johnson. Luz se encogió de hombros. Su amiga siempre perdía los nervios con Tom. A ella le perdonaba sus rarezas (aunque, sin duda, consideraba que todo aquel al que le gustara Tolkien, los comics de Watchmen o los juegos del ZX Spectrum tenía pendiente una visita al psiquiatra con urgencia), pero Tom era tan vehemente cuando se trataba de defender a sus ídolos, a pesar de su cuerpecillo escuchimizado, que Luz no podía, al menos en esos momentos, dejar de sentir una especie de cariño maternal hacia el chico.

Se quedaron los dos solos un momento. Luz sabía que a Fani se le pasaría enseguida el enfado y volvería.

—¿Quieres? —dijo Tom, ofreciéndole el paquete de pipas.

—No, gracias —dijo Luz—. ¿Crees que harán algún día una adaptación de imagen real?



Retomar aquel asunto fue para Tom como volver a la vida. Respondió con entusiasmo:

—¿De *El señor de los anillos*? ¡Seguro! Spielberg comprará los derechos, o quizá George Lucas. Solo Lucasfilm dispone de los efectos especiales que hacen falta. Sean Connery podría ser Gandalf y...

Una voz grave y estridente como un trombón desafinado interrumpió la conversación.

—Vaya, mirad quiénes están aquí. El pirado y la chalada.

Hubo unas risas. Tom se encogió por instinto. Luz cerró los ojos, como si eso pudiera lograr hacerla desaparecer de allí y transportarla a cualquier otro lugar. Australia, por ejemplo.

—Menuda pareja —continuó la voz—. Dios los cría y ellos se juntan.

Luz se volvió pero mantuvo la vista en el suelo para no mirar a la cara al propietario de la voz. Era Ernesto Velasco, por supuesto, con su tupé engominado, su polo de Lacoste y su cohorte de energúmenos riéndole las gracias. La chica intentó mantener la calma, pero la verdad es que el tipo la asustaba. Se aseguró, con un gesto mecánico, de que el pelo le tapaba medio rostro antes de decir titubeando:

—Déjanos en paz.

—¿Me hablas a mí, bicho raro? —dijo Ernesto—. Es que no sé a quién estás mirando con ese ojo de loca.

Otra vez el ojo. Ese ojo gris, casi blanco, que tenía de nacimiento y que los médicos habían calificado como una singularidad congénita, un caso entre un millón. Veía por él tan bien como por el otro, de un color marrón de lo más vulgar, pero hubiera dado cualquier cosa para que sus dos ojos fueran marrones y vulgares.

—Déjanos en paz. No te hemos hecho nada —insistió Luz sin mucha convicción.

—Uuuh. Que la bicho raro se nos enfada —se burló Ernesto—. No hay nada más peligroso que una loca defendiendo a su chico.

Tom se adelantó un paso.

—No soy su chico. Y no necesito que nadie me defienda.

—Mirad, Hulk Hogan ha salido de su cueva. Pero si tú necesitas hasta alguien que te limpie la caspa.

El grupo de energúmenos rio la ocurrencia y empezó a rodearlos. Un tipo llamado Vicente, que tenía edad para haber hecho la mili media docena de veces y el pecho lleno de medallitas de vírgenes y amuletos contra el mal de ojo, se colocó a su espalda, impidiéndoles cualquier intento de huida. En total eran al menos siete. Tom apretó los puños y por un instante Luz temió que fuese a saltar sobre ellos. Lo destrozarían, sin duda. Solo Ernesto ya era el doble de alto, el doble de ancho y el doble de bruto y, según Luz había oído, iba a clases de kárate o algo parecido.

—Veréis, bichos raros, hoy había pensado no meterme con vosotros, ¿sabéis? —dijo Ernesto con media sonrisa—. Pero salgo del instituto y, ¡pam!, os encuentro aquí, en mi camino. ¿Os dais cuenta de lo desagradable que resulta? Me habéis fastidiado la tarde. Así que tendréis que hacer algo para compensarme. —Fingió que cavilaba un momento. Luego señaló a Tom—. Tú, dame tu mochila, pirado.

Tom aferró su macuto andrajoso como si en él guardase la piedra lingam de Shiva. Luz pensó que al muchacho le hubiera gustado decir algo como «tendrás que arrancármela de los dedos fríos y muertos», pero el miedo le impidió abrir la boca o siquiera mantener una postura digna. Se encogió sobre sí mismo, con la mochila abrazada contra el estómago, como una tortuga en posición invertida.

—Dame esa mochila —repitió Ernesto.

—No —la voz de Tom era menos que un susurro.

—No lo repetiré —dijo Ernesto—. Dame la mochila.

Se hizo el silencio y Luz tuvo la lucidez suficiente como para comprender que Ernesto había convertido aquel espectáculo en una disputa personal. Tom nunca le daría su mochila por voluntad propia, y el otro no podía dejar que el bicho raro se saliera con la suya delante de sus amigos. El enfrentamiento era ahora inevitable. Sintió un temblor en las tripas que tal vez era aprensión... o tal vez ira.

Ernesto dio un paso hacia Tom, que seguía acucillado en el suelo, protegiendo su mochila y, de paso, protegiéndose a sí mismo de los golpes que barruntaba. Una mano grande como el guante de un panadero le cayó sobre el hombro y le apretó el trapecio con una rabia inusitada. El muchacho se retorció de dolor y reprimió un grito.

Luz se sopló el pelo de la cara para apartarlo del ojo albino y dio un paso adelante. Lo hizo sin percatarse de que lo hacía. No tenía ni idea de lo que se proponía. Hubo un revuelo y varios chicos se movieron hacia los lados como impulsados por una fuerza irresistible. Apareció Fani con el rostro congestionado, abriéndose camino a empujones entre el grupo de energúmenos con toda la rotundidad de sus setenta y cinco kilos de músculo y grasa. Luz compadeció a los que tuvieran que vérselas con ella en el campo de fútbol. Fani se encaró directamente con Ernesto y le espetó:

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer? ¿Tal vez ir a restregarte la entrepierna con una ortiga?

Ernesto soltó a Tom y se enfrentó a la chica. La miró con desprecio, y también con un destello de temor. Pareció considerar las posibilidades. Fani era fuerte, pero ellos eran siete u ocho. Sin duda podrían reducirla, aunque alguien se iba a llevar unos cuantos mamporros entre tanto, y Ernesto tenía todas las papeletas para que le pusieran morado uno de sus encantadores ojos azules. Por otro lado, no podía retirarse sin más. Necesitaba una salida honorable, dentro del retorcido concepto del honor que pudiera tener un tipo como él.

—Esto no es asunto tuyo —dijo por fin.

—Claro que lo es. Son mis amigos. Vosotros no. Así que aire, que nadie os ha invitado a esta fiesta.

Los energúmenos de la pandilla de Ernesto miraban a su cabecilla como diciendo: ¿es que vas a permitir que te hable así? Fani aprovechó que lo tenía contra la pared para no soltar a su presa:

—Como veo que tu minúsculo cerebro no logra encontrar un modo de salir de esta, te voy a proponer una co-

sa. Tú y tus colegas os largáis con viento fresco, y yo no te parto la cara. ¿Qué te parece?

Aquello era más de lo que Ernesto estaba dispuesto a tolerar. Se acercó a Fani con las mejillas a punto de entrar en ebullición y levantó un dedo amenazador, grueso como una morcilla.

—No pienses que te vas a librar por ser una chica, marimacho de mierda.

Por un momento dio la impresión de que Fani le iba a partir la cara después de todo, pero estaba mucho más calmada de lo que aparentaba. Por eso pudo responder:

—Y tú no pienses que te vas a librar por ser un retrasado mental.

Ernesto cerró su amenazante puño de dedos morcillonos delante de la cara de Fani, que ni siquiera pestañeó. Luz tensó el cuerpo. Sintió el hormigueo de la adrenalina recorrerle los brazos y las piernas. No era consciente de ello, pero estaba dispuesta tanto a saltar sobre Ernesto como a salir corriendo, según lo que se terciase. Tom, mientras tanto, contemplaba a Fani embobado, como si estuviera viendo a un santo en plena faena de obrar un milagro o, mejor aún, a Gandalf cabalgando a Sombragris por el páramo de Rohan.

—¿Qué está pasando aquí?

Un hombre enjuto parapetado tras un mostacho y unas remendadas gafas de concha irrumpió en medio del grupo mirando a un lado y a otro con gesto acusador. La tensión se diluyó al instante, como el cacao soluble en leche demasiado caliente.

—Nada, profesor —dijo Fani—. Solo charlábamos sobre física.

El hombre del mostacho la miró con expresión severa.

—Usted ni siquiera está este año en mi clase, Estefanía. En cuanto a usted —añadió dirigiéndose a Luz—, creo que haría bien en ir a casa a repasar esos ejercicios de electricidad.

Ernesto había retrocedido unos pasos, con la clara intención de alejarse de la escena del crimen sin llamar la

atención. El Boni levantó la voz para preguntar:

—¿Y a dónde se dirige usted con tanta prisa, señor Velasco? ¿También se interesa por mis clases de física?

El joven enseñó su dentadura perfecta con descaro.

—Mi madre me está esperando en el coche —dijo señalando hacia la avenida, donde una cabellera rubio platino brillaba en el interior de un flamante BMW 530 de color cobrizo—. No me gustaría que provocase un atasco por mi culpa.

El profesor lo miró antes de responder con hastío:

—No, claro que no.

Ernesto hizo un gesto apenas perceptible a sus secueces. Todos respondieron automáticamente, alejándose de allí entre muecas de desprecio que parecían salivazos. Se dispersaron poco antes de llegar al BMW. Ernesto abrió la portezuela trasera y se dejó caer en el asiento mientras su madre arrancaba el motor. Aún tuvo tiempo de lanzar una última mirada envenenada a los tres amigos. Luego el vehículo salió disparado haciendo chirriar los neumáticos en el asfalto.

—Tengan cuidado con ese individuo —dijo el Boni cuando el rumor del potente motor se hubo extinguido. No hablaba con nadie en particular. De pronto parecía un hombre exhausto—. He visto a otros como él y pueden llegar a ser... —dudó un instante antes de concluir—: peligrosos.

Se alejó renqueando, sin el porte aguerrido que solía utilizar al entrar en el aula, y a Luz le sorprendió no haberse fijado nunca en lo envejecido que estaba aquel profesor al que se suponía que debía odiar por haberle suspendido la física.

Fani chasqueó la lengua y, como si ese solo gesto bastase para poner fin al desagradable episodio, sonrió y dijo:

—¿Habéis acabado ya con vuestros rollos frikis? ¿Nos vamos de una vez o qué?

Caminaron los tres juntos bajo los tilos desnudos de Guzmán el Bueno hacia la Avenida de la Reina Victoria. Iban en silencio, con el ruido del tráfico como única banda sonora. Luz notó que la adrenalina la abandonaba y sus

piernas se ablandaban a cada paso. Estaba cansada de todo aquello, de tanta violencia gratuita, de ser siempre diferente, de todos los chulos de patio de colegio del mundo. Deseó con todas sus fuerzas llegar a casa y sentarse en el sofá, a salvo, sin pensar en nada, sin que nadie la molestara, sola con un plato de comida recalentada en el regazo y alguna película descerebrada y ruidosa, *Posesión infernal* o *El vengador tóxico*, embotando sus sentidos desde la pantalla del televisor.

Palpó con la mano el bolsillo de sus vaqueros y dijo:

—Mierda, he vuelto a venirme sin las llaves.

—No fastidies —dijo Fani.

—Como lo oyes.

—Un día de estos te vas a olvidar los pantalones. ¿Y ahora qué? ¿Habrás alguien que pueda abrirte?

—No creo. Mamá se lleva el almuerzo a la biblioteca, y mi padre volverá a las tantas del trabajo.

—Puedes venir a comer a mi casa.

—No, no. Cogeré el metro. En quince minutos estoy en la biblioteca y le pido las llaves a mi madre.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Eh, y esta tarde, ¿qué? ¿Nos pillamos la de Tom Hanks en el videoclub?

—En serio, Fani, tengo que estudiar. Las vacaciones se acercan y no levanto cabeza con la física.

—Está bien. Ya te dije que no la cogieras. Pero que no me entere de que te has ido a casa de este —dijo señalando a Tom— a jugar a eso del espía en la corte del rey Arturo o como se llame.

Tom sonrió y, a su pesar, Luz también.

—Otro día, Tom —dijo Luz mirando al muchacho—. Hasta luego.

Habían llegado a la estación de Cuatro Caminos. Luz bajó las escaleras mientras agitaba la mano a modo de despedida. Volvía a apretar los libros contra el pecho y el cabello oscuro le cubría medio rostro. El submundo tenebroso de la línea 6 del metro la devoró con indiferencia.

## 2. Metro de Madrid les desea buen viaje

El olor inconfundible de los túneles del metro la envolvió como una manta demasiado usada: olor a lubricante industrial, a sudor, a polvo. Bajar al metro era retroceder un poco a la niñez, cuando su padre la llevaba de la mano por las escaleras mecánicas, los viejos trenes parecían criaturas mitológicas y los planos de las líneas eran mapas del tesoro. Luz sonrió, pero era una sonrisa triste.

Supuso que Fani y Tom habrían emprendido ya el camino a sus respectivas casas sin saber muy bien qué decirse. Acabarían discutiendo de nuevo antes de separarse. Eran, cada uno a su manera, sus mejores amigos, aunque Luz no estaba segura de qué significaba exactamente esa palabra. Hacía tiempo que no estaba segura de nada.

Hurgó en los bolsillos de los vaqueros hasta que logró rescatar las cincuenta pesetas que costaba el billete sencillo perdidas entre una horquilla oxidada y varias pelusas. Se acercó a la taquilla. Había un par de personas en la cola y se dispuso a esperar.

Fue entonces cuando los vio. Eran dos tipos vestidos de traje y corbata: gafas oscuras, pelo engominado, zapatos caros. Y la miraban a ella.

Estaban parados en la esquina del corredor que conducía a otra de las salidas de la estación, como si esperasen a alguien, pero había algo del todo fuera de lugar en ellos.